

pero la pasión es tan comunicativa, y para una pobre joven contrahecha y coja tiene tan grandes seducciones el amor inspirado á un hombre joven y apuesto, que accedió á que la cortejara.

¿No se necesitaría un libro entero para pintar bien el amor de una doncella sometida humildemente á la opinión que la moteja de fea, al paso que ella siente en sí el encanto irresistible que producen los sentimientos verdaderos? Siéntense celos feroces al aspecto de la felicidad, crueles veleidades de venganza contra la rival que roba una mirada, en fin, emociones, terrores desconocidos de la mayoría de las mujeres, y que, por tanto, perderían mucho si solamente se indicaran. La duda, tan dramática en amor, sería el secreto de este análisis esencialmente minucioso, ó ciertas almas volverían á encontrar la poesía perdida, pero no olvidada, de sus primeras turbaciones; esas exaltaciones sublimes en el fondo del corazón y que jamás traslucen al rostro; ese temor de no ser comprendido y ese júbilo ilimitado de haberlo sido; esas vacilaciones del alma que se repliega sobre sí misma y esas proyecciones magnéticas que dan á los ojos matices infinitos; esos proyectos de suicidio causados por una palabra y disipados por una entonación de voz tan extensa como el sentimiento cuya persistencia desconocida revela; esas miradas temblorosas que velan terribles audacias; esos desos repentinos de hablar y de obrar, reprimidos por su misma violencia; esa elocuencia íntima que se expresa con frases sin ingenio, pero pronunciadas con voz agitada; los misteriosos efectos de ese primitivo pudor del alma y de esa divina discreción que depara una generosidad recatada, así como un gusto exquisito por las abnegaciones ignoradas; en una palabra, todos los atractivos del amor joven y todas las debilidades de su poder.

Josefina de Temninck fué coqueta por grandeza de alma. El sentimiento, la persuasión de sus aparentes imperfecciones la hizo tan esquivá como hubiera podido serlo la mujer más bella. El temor de desagradar algún día despertaba su orgullo, destruía su confianza y le daba valor para aguardar en el fondo de su corazón esas primeras felicidades que tanto les gusta hacer ostensibles á las demás mujeres, engalanándose vanidosamente con ellas. Cuanto más vivamente la impelía el amor hacia Baltasar, menos se atrevía á expresarle sus sentimientos. El ademán, la mirada, la

pregunta ó la respuesta que en las demás mujeres bonitas son halagos para un hombre, ¿no se convertían para ella en humillantes especulaciones? Una mujer hermosa puede presentarse sin reparo tal como es, pues el mundo le perdona una sandez ó una torpeza; al paso que una sola mirada corta la expresión más magnífica en los labios de una mujer fea, intimida sus ojos, menoscaba la escasa gracia de sus modales, y la da marcado encogimiento. ¿Acaso no sabe que á ella sola le está prohibido cometer faltas, y que todos le niegan la facultad de remediarlas, fuera de que nadie le proporcionará ocasión para ello? ¿La necesidad de ser á todo momento perfecto no debe paralizar las facultades, helar su ejercicio? Una mujer así no puede vivir más que en una atmósfera de indulgencia angelical. ¿En dónde están los corazones de los que emana la indulgencia sin que se impregne de acerba y ofensiva compasión? Estos pensamientos á los que la había acostumbrado la horrible urbanidad del mundo, y esas atenciones, que, más crueles que injurias, agravan las desgracias poniéndolas de relieve, mortificaban á la señorita de Temninck, le causaban un malestar constante que relegaba al fondo de su alma las impresiones más deliciosas, y comunicaba frialdad á su actitud, á su palabra, á su mirada. Estaba enamorada á hurtadillas, y no se atrevía á tener elocuencia ó belleza sino en la soledad. Desdichada á la luz del día, habría sido hechicera si le estuviera permitido no vivir más que de noche. A menudo, para poner á prueba aquel amor y arriesgándose á perderle, desdeñaba el adorno que podía salvarla, en parte, de sus defectos. Sus ojos de española fascinaban cuando echaba de ver que á Baltasar le parecía bella de trapillo. Pero la desconfianza la acibaraba los raros instantes durante los cuales se aventuraba á disfrutar su dicha; pues al poco rato se le ocurría si Claes trataría de unirse con ella para tener en casa una esclava, ó si quizás tendría algunas imperfecciones ocultas que le obligaban á contentarse con una pobre joven contrahecha. Estas ansiedades perpetuas daban á veces un valor inaudito á las horas en que creía en la duración, en la sinceridad de un amor que debía vengarla de la sociedad. Provocaba delicadas discusiones exagerando su fealdad á fin de penetrar hasta el fondo de la conciencia de su amante, y entonces arrancaba á Baltasar verdades poco lisonjeras; pero le gustaba el embarazo en que le veía cuando le obligaba á decir

que lo que amaba ante todo en una mujer era un alma hermosa y esa abnegación que hace tan constantemente dichosos los días de la vida; y que después de algunos años de matrimonio, la mujer más deliciosa de la tierra es para un marido equivalente á la más fea. Después de acumular cuanto hay de cierto en las paradojas que propenden á disminuir el valer de la belleza, Baltasar echaba de ver de pronto la descortesía de estas alegaciones, y descubría toda la bondad de su corazón en la delicadeza de las transiciones mediante las cuales sabía demostrar á la señorita de Temninck que era perfecta para él. La abnegación, que es quizás en la mujer el colmo del amor, no le faltó á aquella joven, porque siempre desesperó de ser amada; pero la tentó la perspectiva de una lucha en la cual el sentimiento debía prevalecer sobre la hermosura; parecióle, además, que había cierta grandeza en entregarse al amor sin creer en él; y, por último, la felicidad, por corta que pudiera ser su duración, debía costarle demasiado cara para que se negase á probarla. Estas incertidumbres, estas luchas, al comunicar el encanto y lo imprevisto de la pasión á aquella criatura superior, inspiraban á Baltasar un amor casi caballeresco.

El casamiento se verificó á principios del año 1795. Los dos esposos fueron á Douai á pasar los primeros días de su unión en la casa patriarcal de los Claes, cuyos tesoros aumentó la señorita de Temninck, la cual llevó algunos hermosos cuadros de Murillo y de Velázquez, las joyas de su madre y los magníficos regalos que le envió su hermano, que era ya duque de Casa Real. Pocas mujeres ha habido tan dichosas como la señora Claes. Su felicidad duró quince años sin que la empañara la más ligera nube; y cual viva luz, se infundió hasta en los menores detalles de la existencia. Los hombres, en su mayoría, tienen desigualdades de carácter que producen continuas disonancias, con lo cual privan á su hogar doméstico de esa armonía que es el bello ideal del matrimonio; porque los hombres, en su mayoría, tienen muchas pequeñeces, y estas pequeñeces engendran las quisquillas. El uno será probo y activo, pero duro y hosco; el otro bueno, pero testarudo; éste amará á su mujer, pero vacilará en sus determinaciones; aquél, preocupado por la ambición, crerá pagar sus sentimientos como quien paga una deuda, y si da las vanidades de la fortuna, se lleva la felicidad de todos los días; en fin,

los hombres de la clase media son esencialmente incompletos sin ser notablemente vituperables. Las personas de talento son tan variables como barómetros; el genio es el único esencialmente bueno. Por esto la felicidad pura sólo se encuentra en los dos extremos de la escala moral. El bonachón ó el hombre de genio son los únicos capaces, el uno por debilidad, y el otro por fuerza, de esa igualdad de humor, de esa dulzura constante en la que se funden las asperezas de la vida. En el uno es indiferencia y pasividad; en el otro, indulgencia y continuidad del pensamiento sublime del que es intérprete y que debe parecerse así en el principio como en la aplicación. Uno y otro son sencillos é ingenuos por igual, sólo que en aquél es el vacío y en éste la profundidad. Por esto las mujeres listas no tienen inconveniente en aceptar un tonto bonachón como lo menos malo de un grande hombre. Baltasar ejerció, pues, su superioridad en las cosas más nimias de la vida. Se consagró á ver en el amor conyugal una obra magnífica, y como los hombres de valer que no toleran nada imperfecto, quiso desplegar todas sus bellezas. Su ingenio modificaba sin cesar el sosiego de la dicha, y su noble carácter marcaba sus atenciones con el sello de la gracia. Por esto, aunque participaba de los principios filosóficos del siglo XVIII, instaló en su casa hasta 1801, y á pesar de los peligros que le hacían correr las leyes revolucionarias, un sacerdote católico por no contrariar el fanatismo español que su esposa había mamado en la leche materna por el catolicismo romano; luego, cuando se hubo restablecido el culto en Francia, acompañó á su mujer á misa todos los domingos. Su adhesión jamás prescindió de las formas de la pasión. Jamás hizo sentir en su hogar esa fuerza protectora que tanto gusta á las mujeres, porque respecto de la suya habría parecido compasión. En fin, por la más ingeniosa adulación, la trataba como igual suya y aun se permitía esos amables enfados que un hombre demuestra á una mujer hermosa como para afrontar su superioridad. Siempre embelleció sus labios la sonrisa de la felicidad, y sus palabras estuvieron siempre llenas de dulzura. Amó á su Josefina por ella y por él con ese ardor que viene á ser un elogio continuo de las cualidades y bellezas de una mujer. La fidelidad, que en los maridos es á menudo el efecto de un principio social, de una religión ó de un cálculo, parecía en él involuntaria é iba acom-

pañada de los suaves halagos de la primavera del amor. De lo que atañía al matrimonio, el deber era la única obligación desconocida de aquellos dos seres amantes por igual, porque Baltasar Claes halló en la señorita de Temninck la constante y completa realización de sus esperanzas. En él, el corazón quedó siempre saciado sin cansancio, y el hombre fué siempre feliz. No tan sólo no mentía la sangre española en la nieta de la Casa Real, convirtiéndose en instinto esa ciencia que sabe variar el placer hasta lo infinito, sino que tuvo también esa abnegación sin límites que es el genio de su sexo, como la gracia es toda la belleza de éste. Su amor era un fanatismo tan ciego, que una seña del amante la habría hecho ir contenta á la muerte. La delicadeza de Baltasar había exaltado en ella los sentimientos más generosos de la mujer y le inspiraba una necesidad imperiosa de dar más de lo que recibía. Este mutuo cambio de una felicidad alternativamente prodigada ponía el principio de la vida fuera de ella y difundía una claridad de amor en sus palabras, en sus miradas, en sus acciones. Por una y otra parte, el agradecimiento fecundaba y variaba la vida del corazón; del mismo modo que la certidumbre de serlo todo el uno para el otro excluía las pequeñeces agrandando los menores accesorios de la existencia. Pero también, la mujer contrahecha que parece erguida á los ojos de su marido, la mujer coja á la que un hombre no quiere de otro modo, ó la mujer de edad que parece joven, ¿no son las criaturas más dichosas del mundo femenino?... La pasión humana no podría ir más allá. ¿No consiste la gloria de la mujer en hacer adorar lo que en ella parece un defecto? Olvidar que una coja no anda derecha es la fascinación de un momento; pero amarla porque coja es la deificación de su defecto. Tal vez conviniera grabar en el Evangelio de las mujeres estas palabras: *Bienaventuradas las imperfectas, porque de ellas es el reino del amor.* Ciertamente que la belleza debe ser una desgracia para una mujer, porque esta flor pasajera entra por mucho en el sentimiento que inspira; ¿acaso no se la ama del mismo modo que se contrae matrimonio con una rica heredera? Pero el amor que hace sentir ó que demuestra una mujer desheredada de las deleznales ventajas tras las cuales corren los hijos de Adán, es el amor verdadero, la pasión verdaderamente misteriosa, esa ardiente unión de las almas, un sentimiento para el que no llega nunca el

día del desencanto. Esa mujer tiene gracias ignoradas del mundo de cuya fiscalización se sustrae, es hermosa oportunamente y cosecha demasiada gloria haciendo olvidar sus imperfecciones para no conseguirlo constantemente. Así por ejemplo, casi todas las pasiones célebres en la historia las inspiraron mujeres en las que el vulgo encontró defectos. Cleopatra, Juana de Nápoles, Diana de Poitiers, la señorita de La Valliere, madama de Pompadour y en fin la mayor parte de las mujeres á las que el amor ha hecho célebres no carecen de imperfecciones ni de dolencias; al paso que los amores de las mujeres cuya belleza se cita como perfecta han terminado desastrosamente. Esta aparente extrañeza debe tener su causa. ¿Será tal vez que el hombre vive por el sentimiento más que por el placer? ¿O es quizás que el encanto puramente físico de una mujer hermosa tiene límites, en tanto que los atractivos esencialmente morales de una mujer de mediana belleza son infinitos? ¿No es esta la moral de las fábulas en que están basadas *Las Mil y una noches*? Si una fea hubiera sido mujer de Enrique VIII, habría desafiado el hacha del verdugo y reprimido la inconstancia de su esposo. Por una extrañeza bastante explicable en una joven de origen español, la señora Claes era ignorante: sabía leer y escribir, pero hasta los veinte años, edad á la que sus padres la sacaron del convento, no había leído más que libros ascéticos. Al entrar en el mundo, tuvo al principio sed de sus placeres y no aprendió más que las ciencias fútiles del tocador; pero su ignorancia la humilló tan profundamente que no se atrevía á tomar parte en ninguna conversación, por lo cual pasó por tener poco talento. Con todo, aquella educación mística había dado por resultado el dejar en ella los sentimientos en toda su fuerza y no viciar su talento natural. Necia y fea como una heredera á los ojos del mundo, fué ingeniosa y bella para su marido. Baltasar no dejó de hacer lo posible, durante los primeros años de su matrimonio, por proporcionar á su mujer los conocimientos que necesitaba para figurar bien en sociedad; pero sin duda era ya demasiado tarde; sólo le quedaba la memoria del corazón. Josefina no olvidaba nada de lo que le decía Claes con relación á sí mismos; se acordaba de las más pequeñas circunstancias de su vida feliz, y al día siguiente había olvidado la lección de la víspera. Aquella ignorancia habría causado grandes discordias entre otros

esposos; pero la señora Claes interpretaba tan ingenuamente la pasión, amaba tan piadosa, tan santamente á su marido, y el deseo de conservar su felicidad la hacía tan ingeniosa, que siempre se daba maña para parecer comprenderle y rara vez dejaba que llegara el caso en que su ignorancia habría sido demasiado evidente. Además, cuando dos personas se aman lo suficiente para que cada día sea para ellos el primero de su pasión, hay en esa fecunda ventura fenómenos que cambian todas las condiciones de la vida. ¿No es entonces aquello como una infancia que no pasa cuidado por todo lo que no sea risa, alegría, placer? Luego, cuando la vida es bien activa, cuando sus focos son bien ardientes, el hombre deja que la combustión tome cuerpo, sin pensar en ella ni discutirla, sin preocuparse de los medios ni del fin. Por lo demás, ninguna hija de Eva comprendió mejor que la señora Claes su misión de mujer. Tuvo esa sumisión de flamenca que tanto atrajo da al hogar doméstico y á la que su altivez de española comunicaba un sabor más exquisito y elevado. Era imponente; sabía hacerse respetar con una mirada en la que se hacía ostensible el sentimiento de su valer y de su nobleza; mas en presencia de Claes temblaba, y á la larga acabó por considerarle á tanta altura y tan cerca de Dios, refiriendo á él todas sus acciones y todos sus pensamientos, que su amor llegó á presentar cierto tinte de temor respetuoso que lo aguzaba más y más. Adquirió con orgullo todos los hábitos de la burguesía flamenca y cifró su amor propio en hacer la vida doméstica holgadamente dichosa, en conservar los más pequeños objetos de su casa en clásico aseo, en no poseer cosas que no fueran enteramente buenas, en presentar en la mesa los platos más delicados y ponerlo todo en su morada en armonía con su corazón. Tuvieron cuatro hijos, dos varones y dos hembras. La mayor, llamada Margarita, nació en 1796: el menor era un niño de tres años llamado Juan Baltasar. El amor maternal de la señora Claes fué tan intenso como el que profesaba á su esposo; por esto se trabó en su alma, y sobre todo durante los últimos días de su vida, una lucha horrible entre ambos sentimientos igualmente poderosos, uno de los cuales era en cierto modo enemigo del otro. Las lágrimas y el terror impresos en su rostro en el momento en que empieza el relato del drama doméstico latente en aquella tranquila morada, los cau-

saba el temor de haber sacrificado sus hijos á su marido.

En 1805, el hermano de la señora Claes murió sin dejar hijos. La ley española no permitía que la hermana heredara las posesiones territoriales vinculadas en los títulos de la casa; pero el duque la legó en su testamento unos sesenta mil ducados que los herederos de la rama colateral no la disputaron. Aunque el sentimiento que la unía á Baltasar Claes era tal que jamás lo mancilló una idea de interés, Josefina sintió cierto contento en poseer una fortuna igual á la de su marido y se consideró dichosa pudiendo á su vez ofrecerle algo después de haberlo recibido todo tan noblemente de él. La casualidad hizo, pues, que aquel casamiento, tenido por una locura por los calculadores, fuera, desde el punto de vista del interés, un enlace excelente. Difícil fué dar destino á aquella cantidad. La casa Claes estaba tan ricamente provista de muebles, de cuadros y de objetos de arte y de valor, que parecía imposible añadir cosas dignas de las que ya había allí. El gusto de la familia había acumulado tesoros en aquella morada. Toda una generación se había puesto en busca de hermosos cuadros, y luego la necesidad de completar la colección empezada, había hecho hereditaria la afición á la pintura. Los cien cuadros que adornaban la galería por la cual se comunicaba desde el barrio de detrás con los aposentos de recepción situados en el primer piso de la casa de delante, así como otros cincuenta colocados en el salón principal, habían requerido tres siglos de pacienzudas pesquisas. Eran célebres lienzos de Rubens, Ruysdael, Vandyck, Terburg, Gerardo Dow, Teniers, Mieris, Pablo Potter, Wouvermans, Rembrandt, Hobbema, Cranach y Holbein. Los cuadros franceses é italianos estaban en minoría, pero todos eran auténticos y sobresalientes. Otra generación había tenido el capricho de coleccionar vajillas de porcelana japonesa ó china. Un Claes se había apasionado de los muebles, otro de los objetos de plata, en fin, cada uno de ellos había tenido su manía, su pasión, uno de los rasgos más salientes del carácter flamenca. El padre de Baltasar, última reliquia de la famosa sociedad holandesa, había dejado una de las más ricas colecciones conocidas de tulipanes. Además de estas riquezas hereditarias que representaban un capital enorme y amueblaban magníficamente aquella antigua casa, sencilla exteriormente como una concha, pero también como una concha

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

anacarada y adornada interiormente de los más ricos colores, Baltasar Claes poseía una casa de campo en el llano de Orchies. Lejos de basar sus gastos en sus ingresos, como los franceses, había seguido la antigua costumbre holandesa de no gastar más que la cuarta parte; y mil doscientos ducados al año ponían sus gastos al nivel de los que hacían las personas más ricas de la población. La publicación del Código civil dió la razón á aquella parsimonia. Al ordenar el reparto por igual de los bienes, el Título de las *Herencias* debía dejar á cada hijo casi pobre y dispersar con el tiempo las riquezas del antiguo museo Claes. Baltasar, de acuerdo con su esposa, colocó la fortuna de ésta de modo que legaba á cada uno de sus hijos una posición semejante á la del padre. La casa Claes subsistió, pues, en la modestia de su tren y compró bosques, á la verdad un poco maltratados por las guerras que habían sobrevenido, pero que, bien conservados, debían adquirir de allí á diez años un valor enorme. La elevada sociedad de Douai, con la que Claes mantenía relaciones, había sabido apreciar tan bien el excelente carácter y las cualidades de su mujer, que, por una especie de convenio tácito, estaba exenta de los deberes á que dan tanta importancia los provincianos. Durante la estación de invierno, que pasaba aquella señora en la ciudad, rara vez hacía visitas, y, sin embargo, se las hacían. Recibía todos los miércoles, y daba al mes tres grandes comidas. Todos sus amigos habían comprendido que estaba más á su gusto en su casa, donde además la retenían su pasión por su marido y los cuidados que reclamaba la crianza de sus hijos. Tal fué, hasta 1809, la conducta de este matrimonio que no tuvo nada de conforme con las ideas admitidas. La vida de aquellos dos seres, secretamente llena de amor y de alegría, era exteriormente semejante á otra cualquiera. La pasión de Baltasar Claes por su mujer, y que ésta sabía perpetuar, parecía, como lo hacía observar él mismo, que empleaba su constancia innata en el cultivo de la felicidad que valía más que el de los tulipanes al cual se inclinaba desde su infancia, y le dispensaba de tener su manía como cada uno de sus antecesores había tenido la suya.

A fines de aquel año, el espíritu y el proceder de Baltasar sufrieron alteraciones funestas, las cuales empezaron tan naturalmente, que su esposa no juzgó necesario pre-

guntarle la causa de tal mudanza. Una noche su marido se acostó en un estado de preocupación que se creyó en el deber de respetar. Su delicadeza de mujer y sus hábitos de sumisión le habían aconsejado siempre guardar las confianzas de Baltasar, en quien tenía gran confianza garantizada por un cariño tan verdadero que no le daba motivo alguno para tener celos. Aunque estaba segura de obtener una respuesta cuando se permitiera hacer una pregunta curiosa, siempre había conservado de sus primeras impresiones en la vida el temor de una negativa. Por otra parte, la enfermedad moral de su marido tuvo sus fases, y no llegó sino por grados progresivamente mayores á la violencia intolerable que destruyó la dicha del matrimonio. Por ocupado que estuviera Baltasar, pasó sin embargo algunos meses mostrándose afectuoso y locuaz, no manifestándose entonces el cambio de su carácter sino con frecuentes distracciones. Su esposa aguardó mucho tiempo á saber por él el secreto de sus trabajos; quizás no quisiera revelárselo hasta el momento en que dieran resultados útiles, porque muchos hombres tienen un orgullo que les induce á ocultar sus luchas y á no ostentarse sino cuando han salido victoriosos; por consiguiente, el día del triunfo, la felicidad doméstica debía reaparecer tanto más esplendente cuanto que Baltasar echaría de ver aquel vacío en su vida amorosa que su corazón censuraría sin duda. Josefina conocía demasiado á su marido para saber que no se perdonaría el haber mermado muchos meses la felicidad de su Pepita. Guardaba, pues, silencio sintiendo una especie de contento en padecer por él y para él, porque su pasión tenía una tinta de esa piedad española que jamás separa la fe del amor y no comprende el sentimiento sin padecimientos. Aguardaba, pues, que volviera el cariño pensando cada noche:—Mañana será,—y tratando su ventura como á un ausente. En tan secretas perturbaciones concibió á su último hijo. ¡Horrible revelación de un porvenir de dolor! En aquellas circunstancias, el amor fué, entre las distracciones de su marido, como una distracción mayor que las otras. Su orgullo de mujer, herido por vez primera, la hizo sondear la profundidad del abismo desconocido que la separaba por siempre del Claes de los primeros días. Desde aquel momento, el estado de Baltasar empeoró. Aquel hombre, entregado antes incesantemente á los goces domésticos, que

jugaba horas enteras con sus hijos, revolcándose con ellos en la alfombra del locutorio ó en las calles del jardín, que parecía no poder vivir si no tenía delante los ojos negros de su Pepita, no advirtió que ésta se hallaba en cinta, y se olvidó de vivir en familia y hasta de sí mismo. Cuanto más tardó la señora Claes en preguntarle por el motivo de sus ocupaciones, menos se atrevió á hacerlo. Ante aquella idea, le hervía la sangre y le faltaba la voz. Creyó por último que había cesado de agrandar á su marido, y entonces se alarmó seriamente. Este temor la preocupó, la desesperó, la exaltó, y llegó á ser el principio de muchas horas melancólicas y de tristes cavilaciones. Justificó á Baltasar á su costa encontrándose vieja y fea; luego columbó una idea generosa, pero humillante para ella, en el trabajo en virtud del cual su esposo se formaba una fidelidad negativa, y quiso devolverle su independencia dejando que se entablase uno de esos divorcios secretos que para muchos matrimonios parecen constituir la felicidad. Sin embargo, antes de despedirse de la vida conyugal, procuró leer en el fondo de aquel corazón, pero lo encontró cerrado. Poco á poco vió que Baltasar miraba con indiferencia todo cuanto había amado, descuidaba sus tulipanes en flor y no pensaba ya en sus hijos. Sin duda se dejaba arrastrar de una pasión fuera de los afectos de su corazón, pero que, en concepto de las mujeres, no lo seca menos. El amor estaba adormecido, pero no ahuyentado. Si esto fué un consuelo, la desdicha no dejó de ser la misma. La continuidad de aquella crisis se explica con una sola palabra, la esperanza, secreto de todas esas situaciones conyugales. Cuando la pobre mujer llegaba á un grado de desesperación que le daba valor para interrogar á su marido, precisamente volvía á disfrutar de gratos momentos de calma, durante los cuales Baltasar demostraba que si le tenía absorbido algún pensamiento diabólico, á veces le permitía ser lo que había sido. Durante estos momentos en que su cielo se aclaraba, se apresuraba demasiado á gozar de su dicha para turbarla con importunidades; luego, cuando se había atrevido á hacer preguntas á Baltasar, en el instante en que iba á hablarle, se le escapaba de pronto, la dejaba bruscamente, ó caía en el abismo de sus meditaciones del que nada podía sacarle. Al poco tiempo la reacción de lo moral sobre lo físico comenzó sus estragos, al principio imperceptibles, aunque no podían pasar inadvertidos á los

ojos de una mujer amante que seguía el pensamiento secreto de su marido en sus menores manifestaciones. A menudo le costaba trabajo contener sus lágrimas al verle después de comer, hundido en un sillón junto á la chimenea, taciturno y pensativo, con la mirada fija en la pared sin notar el silencio que reinaba á su alrededor. Observaba con terror las mudanzas insensibles que degradaban aquel rostro que el amor había hecho sublime para ella; de día en día se iba retirando de él la vida del alma y su armazón quedaba sin expresión alguna. A veces los ojos adquirían un color vidrioso, pareciendo como si la vista se volviera atrás y mirara hacia dentro. Cuando los niños estaban acostados, después de algunas horas de silencio y de soledad, llenas de dolorosos pensamientos, si la pobre Pepita se aventuraba á preguntar:—¿Te sientes malo?—á veces Baltasar no contestaba, ó si lo hacía, volvía en sí estremeciéndose, como hombre á quien despiertan bruscamente, y decía un *no seco* y cavernoso que caía pesadamente en el corazón de su mujer palpitante. Aunque ella hubiera querido ocultar á sus amigos la extraña situación en que se encontraba, tuvo sin embargo que hablar de ella. Según costumbre de las ciudades pequeñas, en la mayor parte de las reuniones servía de asunto de las conversaciones el cambio de la conducta de Baltasar, y en muchas de aquéllas se sabían detalles que ignoraba la señora Claes. Así fué que á pesar del mutismo impuesto por la urbanidad, algunos amigos se mostraron tan alarmados, que se apresuró á justificar las singularidades de su marido.—Baltasar, dijo, ha emprendido un trabajo que le absorbe por completo, pero cuyo buen resultado debe ser motivo de gloria para su familia y para su patria. Esta explicación misteriosa halagaba demasiado la ambición de una ciudad en la que, más que en otra alguna, predomina el amor del país y el deseo de su ilustración, para que no produjera en los ánimos una reacción favorable á Claes. Las suposiciones de su mujer eran, hasta cierto punto, bastante fundadas. Muchos operarios de varios oficios habían trabajado largo tiempo en el desván de la casa de delante al que subía Baltasar desde muy temprano. Después de pasar allí ratos cada vez más largos, á los cuales se habían acostumbrado insensiblemente su mujer y sus criados, Baltasar llegó á permanecer en aquel sitio días enteros. Pero ¡oh dolor inaudito! la señora Claes supo por las humi-

llantes confidencias de sus amigas, maravilladas de su ignorancia, que su marido no cesaba de comprar en París instrumentos de física, materias preciosas, libros, máquinas y, según se decía, se arruinaba empeñado en buscar la piedra filosofal. Las amigas añadían que ella debía pensar en sus hijos, en su propio porvenir, y que sería criminal no emplear su influencia en desviar á su marido de la falsa vía en que se había metido. Aunque la señora Claes supo imponer silencio á tan absurdas hablillas con suficiencia de gran dama, se llenó de espanto á pesar de su entereza y resolvió suspender su papel de abnegación, dando origen á una de esas situaciones durante las cuales la mujer se pone con su marido bajo el mismo pie de igualdad; y menos temblorosa ya, se atrevió á preguntar á Baltasar la causa de su cambio y el motivo de su constante retiro. El flamenco frunció el ceño, y le contestó:—Querida mía, aunque te lo dijera, no lo comprenderías.

Un día Josefina insistió en conocer aquel secreto, quejándose con dulzura de no compartir todos los pensamientos de aquel con quien compartía la vida.—Puesto que tanto te interesa, le dijo Baltasar sentándola en sus rodillas y acariciando su negra cabellera, te diré que he vuelto á dedicarme á la química y que soy el hombre más feliz de la tierra.

Dos años después del invierno en que Claes se hizo químico, su casa había cambiado de aspecto. Ya porque sus amigos no se avinieran con la distracción perpetua del sabio ó creyeran molestarle, ó bien porque la señora Claes no se mostrase tan amable á causa de sus ansiedades secretas, lo cierto fué que no veía más que á sus amigos íntimos. Baltasar no iba á ninguna parte; se encerraba en su laboratorio todo el día, á veces pasaba en él la noche y no se reunía con la familia sino á la hora de comer. Ya al segundo año dejó de pasar el verano en su casa de campo en la que no quería vivir sola su mujer. A veces Baltasar salía de su casa, se paseaba y no volvía hasta la mañana siguiente, dejando á su esposa toda la noche llena de mortales angustias; después de hacerle buscar infructuosamente en una ciudad cuyas puertas se cerraban al anochecer, según costumbre en las plazas fuertes, no podía enviar en su seguimiento al campo. La pobre mujer ni siquiera tenía entonces la esperanza mezclada de zozobras que da la espera, y padecía hasta el otro

día. Baltasar, que había olvidado la hora en que se cerraban las puertas, llegaba á la mañana siguiente con mucha calma, sin sospechar los tormentos que su distracción debía causar á su familia, y la satisfacción de verle ocasionaba á su mujer una crisis tan peligrosa como pudieran serlo sus sobresaltos; pero callaba por no atreverse á decirle nada, pues á la primera pregunta que le hizo, le contestó con extrañeza:—¿Acaso no puedo ir á pasear?—Las pasiones no pueden engañar. Las alarmas de la señora Claes justificaron los rumores que se había esforzado por desmentir. Su juventud la había acostumbrado á conocer la compasión cortés de la gente; para no tener que sufrirla otra vez, se encerró mucho más que antes en el recinto de su casa, de suerte que hasta sus últimos amigos dejaron de visitarla. El desaliño de su traje, tan degradante para un hombre de elevada clase, llegó á ser tal en Baltasar, que entre tantas causas de disgusto, no fué aquella una de las que menos afectaron á una mujer acostumbrada á la exquisita pulcritud de las flamencas. Josefina, de acuerdo con Lemulquinier, ayuda de cámara de su marido, remedió algún tiempo la devastación cotidiana de la ropa, pero al fin tuvo que renunciar á ello. El mismo día en que, sin saberlo Baltasar, reemplazó con prendas nuevas las que estaban manchadas, rotas ó agujereadas, las convirtió en guiñapos. Aquella mujer, feliz por espacio de quince años y que jamás tuvo celos, se encontró de repente con que, en la apariencia, ya no era nada en el corazón en que antes imperaba. Española de origen, el sentimiento de la mujer española se sublevó en ella cuando descubrió en la Ciencia una rival que le robó á su marido; los tormentos de los celos le devoraron el corazón y renovaron su amor. Pero ¿qué hacer contra la Ciencia? ¿Cómo combatir contra su poder tiránico, incesante, creciente? ¿Cómo puede luchar una mujer, cuyo poder está limitado por la naturaleza, con una idea cuyos goces son infinitos y los atractivos siempre nuevos? ¿Qué intentar contra la coquetería de las ideas que se refrescan y renacen más bellas en las dificultades y arrastran á un hombre tan lejos del mundo que se olvida hasta de sus más caras afecciones? Llegó por fin un día en que, á pesar de las órdenes severas que Baltasar le había dado, su mujer quiso al menos no separarse de él, encerrarse con él en el desván adonde se retiraba, luchar cuerpo á cuerpo con su rival acompañando á su marido en las largas horas que

prodigaba á aquella terrible amada. Quiso penetrar secretamente en aquel taller de seducción y adquirir el derecho de permanecer en él siempre. Trató, pues, de compartir con Lemulquinier el derecho de entrar en el laboratorio; mas, para que no fuera testigo de una querrela que recelaba, aguardó un día en que su marido prescindiera de su ayuda de cámara. Hacia algún tiempo que vigilaba las idas y venidas de aquel criado con sañuda impaciencia; no sabía todo lo que deseaba averiguar, lo que su marido le ocultaba y lo que ella no se atrevía á preguntarle; siendo ella la esposa, resultaba más favorecido Lemulquinier.

Subió, pues, al desván temblando y casi contenta; mas, por la primera vez en su vida, sintió los efectos de la cólera de Baltasar, pues no bien abrió la puerta, se lanzó sobre ella, la cogió, la arrojó rudamente por la escalera á punto de hacerla rodar de arriba á abajo.—¡Gracias á Dios que no te has muerto! le dijo Baltasar levantándola. Una careta de cristal se había hecho pedazos sobre la señora Claes, que vió á su marido pálido, lívido, aterrado.—Hija mía, te había prohibido venir aquí, dijo sentándose en un escalón como hombre abatido. Los santos te han preservado de la muerte. No sé por qué casualidad tenía los ojos fijos en la puerta. Hemos estado á punto de perecer.—¡Cuán dichosa habría sido! dijo ella.—Se ha frustrado mi experimento, replicó Baltasar. A ti tan sólo puedo perdonarte el disgusto que me causa tan cruel desengaño. Tal vez iba á descomponer el nitrógeno. Anda, vé á tus quehaceres.—Y Baltasar entró en su laboratorio.

—*¡Tal vez iba á descomponer el nitrógeno!* repetía la pobre mujer mientras volvía á su cuarto, en el que rompió á llorar.

Esta frase era ininteligible para ella. Los hombres, acostumbrados por su educación á concebirlo todo, no saben lo horrible que es para una mujer no poder comprender el pensamiento de aquel á quien ama. Esas divinas criaturas, más indulgentes que nosotros, no nos hacen saber cuándo no hemos comprendido el lenguaje de sus almas; temen hacernos sentir la superioridad de sus sentimientos, y entonces ocultan sus dolores con tanta alegría como callan sus placeres desconocidos; pero más ambiciosas en amor que nosotros, quieren adquirir algo más que el corazón del hombre, aspiran á apoderarse de todo su pensamiento. El no saber

nada de la ciencia en que se ocupaba su marido, engendraba en el alma de la señora Claes un despecho más violento que el que pudiera causarle la belleza de una rival. Una competencia de mujer á mujer, deja á la que ama más la ventaja de amar mejor; pero aquel despecho revelaba impotencia y humillaba todos los sentimientos que nos ayudan á vivir. ¡Josefina no sabía! Se encontraba, pues, en una situación en que la ignorancia la separaba de su marido. La última y más viva tortura consistía en que él se hallaba con frecuencia entre la vida y la muerte, corría peligros, lejos y cerca de ella, sin que los compartiera, ni los conociera. Era, como el infierno, una prisión moral sin salida, sin esperanza. La señora Claes quiso por lo menos conocer los atractivos de aquella ciencia y se puso á estudiar secretamente la química en sus libros. Desde entonces aquella familia quedó como encerrada en un convento.

Tales fueron las transiciones sucesivas por las cuales la desgracia hizo pasar á la casa Claes, antes de hacerla llegar á la especie de muerte civil que la amenazaba en el momento en que comienza esta historia.

Tan violenta situación se complicó. La señora Claes, como todas las mujeres apasionadas, tenía un desinterés inaudito. Los que aman verdaderamente saben lo poco que significa el dinero en comparación de los sentimientos, y con qué dificultad se une á ellos. Sin embargo, Josefina sintió una cruel emoción al saber que su marido debía trescientos mil francos hipotecados sobre sus propiedades. La autenticidad de los contratos confirmaba los celos, los rumores, las conjeturas de la gente. La señora Claes, justamente alarmada, se vió obligada, á pesar de su orgullo, á consultar al notario de su marido, á revelar el secreto de sus dolores ó dejárselos adivinar, y á oír por fin esta humillante pregunta:—Pero ¿el señor Claes no le ha dicho á usted nada?—Por fortuna, el notario de Baltasar era casi pariente suyo por el siguiente concepto. El abuelo de Claes se había casado con una Pierquin de Amberes, de la misma familia que los Pierquin de Douai. Desde que se celebró aquel casamiento, estos Pierquin, aunque extraños á los Claes, los trataban como primos. El señor Pierquin, joven de veintiséis años, que acababa de encargarse de la notaría de su padre, era la única persona que tenía acceso en la casa Claes. La esposa de Baltasar vivía hacía muchos meses en

tan completo aislamiento, que el notario tuvo que confirmarle la noticia de los desastres conocidos ya en toda la ciudad. Le dijo que era cierto que su marido debía grandes sumas á la casa que le proveía de productos químicos, casa que, después de enterarse de la fortuna y de la consideración de que disfrutaba Claes, aceptaba todos sus pedidos y hacía las remesas sin cuidado, á pesar de la importancia de las facturas. La señora Claes encargó á Pierquin que pidiera la nota de los géneros enviados á su marido. A los dos meses, los señores Protez y Chiffreville, fabricantes de productos químicos, enviaron un extracto de cuenta que ascendía á cien mil francos. La señora Claes y Pierquin repasaron aquella factura con sorpresa creciente. Si muchos artículos, expresados científica ó comercialmente les eran desconocidos, en cambio se asustaron al ver cargadas en cuenta partidas de metales y de diamantes de todas clases, pero en cortas cantidades. El total de la deuda tenía su explicación en la multiplicidad de los artículos, en las precauciones que requería el transporte de ciertas substancias, ó el envío de ciertas máquinas delicadas, en los precios exorbitantes de muchas producciones difíciles de obtener, ó que por su rareza eran caras, y en fin, en el valor de los aparatos de física ó de química construídos con arreglo á las instrucciones de Claes. El notario había tomado en interés de su prima informes de la casa Protez y Chiffreville, resultando que la probidad de estos negociantes garantizaba la moralidad de sus relaciones con Claes, á quien, por otra parte, tenían al corriente de los resultados obtenidos por los químicos de París á fin de evitarle gastos. La señora Claes rogó al notario que no dijera nada á nadie en Douai acerca de la naturaleza de estas adquisiciones que todo el mundo habría calificado de locuras; pero Pierquin le contestó que, para no menoscabar la reputación de que gozaba Claes, había aplazado hasta el último instante la firma de las escrituras que la importancia de las cantidades prestadas en confianza por sus clientes había hecho por fin necesarias. Descubrió la extensión de la llaga, diciendo á su prima que, si no encontraba medio de impedir que su marido disipara tan insensatamente su fortuna, antes de seis meses los bienes patrimoniales estarían gravados con hipotecas que excederían de su valor. Por su parte, añadió, las reflexiones que había hecho á su primo, con las consideraciones debidas á un hom-

bre de tan merecida reputación, no habían ejercido en él la menor influencia. Baltasar le había contestado clara y rotundamente que trabajaba por su gloria y la de su familia. Así, pues, á todas las torturas del corazón que la señora Claes venía soportando hacía dos años, agregándose unas á otras y arreciando el dolor del momento con todos los dolores pasados, se unió un temor horrible, incesante, que le presentaba un porvenir espantoso. Las mujeres tienen presentimientos cuya exactitud raya en prodigio. ¿Por qué suelen temblar más que abrigar esperanza cuando se trata de los intereses de la vida? ¿Por qué no tienen fe sino en las grandes ideas del porvenir religioso? ¿Por qué adivinan tan hábilmente las catástrofes de fortuna ó las crisis de nuestro sino? Quizás el sentimiento que las une al hombre á quien aman hace que pesen admirablemente las fuerzas de este hombre y que sepan estimar sus facultades, conocer sus gustos, pasiones, vicios y virtudes; el perpetuo estudio de estas causas en cuya presencia se encuentran sin cesar las da sin duda el fatal poder de prever sus efectos en todas las situaciones posibles. Lo que ven del presente les hace juzgar del porvenir con una habilidad naturalmente explicada por la perfección de su sistema nervioso, que les permite apreciar los más leves diagnósticos de la imaginación y de los sentimientos. Todo vibra en ellas al unísono de las grandes conmociones morales. O sienten, ó ven. Pues bien, aunque separada de su marido hacía dos años, la señora Claes presentía la pérdida de su fortuna: había apreciado el ardimiento reflexivo, la inalterable constancia de Baltasar; si era cierto que procuraba hacer oro, debía echar con entera insensibilidad su último pedazo de pan en su crisol; pero ¿qué buscaba? Hasta entonces el amor conyugal y el sentimiento maternal se habían confundido de tal modo en el corazón de aquella mujer, que sus hijos, tan queridos por ella como por su marido, jamás se habían interpuesto entre ellos. Pero de pronto hubo ocasiones en que fué más madre que esposa, aunque con mayor frecuencia fué más esposa que madre. Y sin embargo, por dispuesta que pudiera estar á sacrificar su fortuna y hasta sus hijos por la felicidad del que la había escogido, amado, adorado, y para quien todavía era la única mujer que había en el mundo, los remordimientos que le causaba la debilidad de su amor maternal la sumían en horribles alternativas. Así, pues, como mujer,

30910

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"